

Hoy he vuelto al pueblo

Mis padres compraron una pequeña casita en un pueblecito de Sayago, a orillas del Embalse de Almendra, y desde que era pequeño recuerdo pasar el mes de vacaciones de verano allí.

Cuando tenía catorce años, la llegada del verano era motivo de pequeñas disputas, ya que mi hermano y yo queríamos ir a las playas del Mediterráneo, a bañarnos en el mar, a tomar el sol y a relacionarnos con chicos y chicas de nuestra edad. Mi padre nos respondía siempre que en Sayago teníamos todo el sol que necesitábamos y que por agua no sería, que el embalse era muy grande, y que chicos y chicas había en el pueblo y que si no, que cogiéramos las bicicletas y nos fuéramos a los pueblos de al lado.

Recuerdo pedalear por las calles del pueblo a toda velocidad, recibiendo la reprimenda de las mujeres que nos gritaban cuando hacíamos derrapar nuestras bicicletas y les ensuciábamos de polvo la ropa tendida.

Nos encantaba pasar por la Calle Larga, donde siempre había una anciana sentada en la puerta del número siete en una silla de mimbre. Toda vestida de negro, con un pañuelo en la cabeza del mismo color. Siempre con una sonrisa para nosotros cuando la saludábamos con la mano al pasar. La Señora María.

María vivió la posguerra. Madre abnegada, sacó adelante tres hijos mientras se hacía cargo de la casa, compaginando las tareas domésticas con las del campo. Las jornadas eran agotadoras. Levantándose con el sol para tenerle a su marido el desayuno preparado antes de que fuera al campo a trabajar. Encargándose de la limpieza de la casa, la comida, los niños, de ir a la fuente a lavar la ropa. Darle de comer a las gallinas, los cerdos, las vacas..., limpiar gallinero, pocilga y cuadra. Ayudando a su marido en las labores de campo cuando la tarea lo requería. Hasta que el sol se escondía.

Una auténtica luchadora, dedicada plenamente a su familia y a su sustento.

Finalizaba el mes de julio y con ello las vacaciones. Regresábamos a la ciudad y hasta el año siguiente, que volvíamos a recorrer las calles del pueblo con nuestras bicicletas.

Nos fuimos haciendo mayores y las vacaciones en el pueblo ya no nos motivaban, necesitados de otros ambientes, de conocer otros lugares en nuestras vacaciones estivales.

Hoy, tras muchos años, he vuelto al pueblo. He pasado por la Calle Larga y al pasar frente al número siete he visto a la Señora María, sentada en la puerta en su silla de mimbre, toda vestida de negro, dirigiéndome una sonrisa.

Erian